

ESTAR (A) LA ÚLTIMA.

Pensamientos sobre mujeres, precariedad y tecnología

Remedios Zafra

El otoño es época en la que el “poder ser” interpela al “querer ser”. Con el comienzo del curso muchas personas se enfrentan a su pasado y a sus expectativas (propias y ajenas) y deciden ahora su formación imaginando un trabajo futuro, sosteniéndolo en un propósito o en unos estudios (*seré periodista, maestrx, ingenierx, inventaré una profesión...*). De muchas maneras, renuevan en esta decisión su relación con la tecnología, pero silenciosamente. Nadie se detiene a pensar con qué ha jugado, qué le han dicho y repetido desde pequeñx, qué imágenes ha tenido como modelo a “poder ser”, qué esperan los de al lado cuando le ven frente a un dispositivo tecnológico. ¿Acaso nadie escucha: *Tú producirás tecnología, tú la usarás, tu habitarás la tecnología que producen otros, tú consumirás produciendo parcialmente, pero sin sueldo...* Tú estarás primero, tú la última?

Me interesa especialmente este momento en que frente a un impreso universitario o un formulario online sentimos decidir un futuro. Me interesa porque un mundo veloz y que presume de horizontal como el conectado, sigue sustentándose en una injusta y soterrada limitación para las personas que quieren producir tecnología y las que sienten que no quieren, o que no pueden. Y me parece que este *handicap* sesga absolutamente el universo tecnológico donde los productores se parecen demasiado, donde ser mujer y producir tecnología es un vínculo que socialmente se desanima, se precariza. He aquí una palpitable vulnerabilidad social que si no se ataja, se reitera, que el mundo sigue separando a las mujeres de un futuro como ideólogas, programadoras y productoras de tecnología, animándolas a usar, a consumir lo último, a estar conectadas, a *prosumir*, a crear contenido y casi siempre a no cobrar o cobrar menos por sus tiempos de trabajo.

Decía Deleuze que “(s)i uno cree en el mundo, precipita acontecimientos, por modestos que sean, que eluden el control; uno engendra nuevos espacios tiempo, por pequeños que sean en superficie o volumen”. Decía también que “(n)uestra capacidad para resistir el control o nuestra sumisión a ese control se deciden en el curso de cada tentativa”¹.

A la hipotética protagonista de la historia que este otoño elige estudios, (a la que llamaremos *Última* o que está la última) le preguntan: *¿A qué quieres dedicarte?, ¿qué experiencias quieres coleccionar?* Y la pregunta se responde ella misma como si fuera el mundo y como si fuera un plural: *¡Nosotros ya lo sabemos!! Pero te trataremos como si fueras libre de elegirlo.* Probablemente estaríamos de acuerdo en que esa no debiera ser la voz del mundo. Si “creemos” en el mundo, su voz debiera hablar de una posibilidad de resistencia a lo de siempre, de libertad más allá de su espejismo, incluso cuando para resistir el control nuestra capacidad deba decidirse “en el curso de cada tentativa”.

Pero a la protagonista no la animan a ser programadora, ingeniera, informática, jefa, tampoco la miran bien en los grupos de chicos que se reúnen para cacharrear y jugar juntos, no se ve en las historias del poder, no se identifica como exitosa, las aspiraciones que los demás ponen en ella no aparecen en las listas del prestigio, el mundo colocaría su solicitud “la última”. Y ella siente que la lucha de cada tentativa comenzó hace tiempo y que tuvo tecnología pero no ejemplos, estímulos, apoyo, ni juegos ni ficciones que dieran por válida la opción de experimentar con ella, porque parece ser que lo relevante de esta decisión no se toma solamente en la escuela. Para el mundo conservador todas las dudas a ser señalan a algún tótem que aclare, en la reiteración del símbolo y en el argumento del pasado o de la asignación más duradera, lo que se espera de nosotros, repetirnos, identificarnos en aquello que arropa y sostiene. Y esta mezcla de cómoda obediencia y domesticación en un sistema, se convierte entonces en el sentido de toda

¹ Gilles DELEUZE, *Conversaciones*. Citado en Rosi BRAIDOTTI, *Transposiciones. Sobre la ética nómada*. Barcelona, Gedisa, 2009, p. 357.

lucha política que vindica la necesaria libertad y la ‘posibilidad’, no sólo de elegir uno mismo, sino de crecer con el estímulo de la diversidad que inspira y no sentencia, como motor de igualdad y futuro.

Quienes creen que las personas tienen una predisposición a un oficio o una vida, también incluyen ahí un vínculo determinado con la tecnología en función de su género, de su lugar en el mundo o de sus herencias. Pero ustedes y yo sabemos que la afición se hace y que no nace, aunque (he aquí la cuestión) el “hacer”, incluso cuando disponemos de la última tecnología. está estructuralmente urdido y si no se interviene rotunda, urgentemente, sigue su deriva repitiendo modelos de pasión e identidad que nos arropan hasta que llega la conciencia, entonces pica y duele, como una herida.

Y pensando sobre nuestra contemporánea sumisión tecnológica, me pregunto si cuando hablamos de precariedad y pobreza tecnológica no estamos obviando estas formas de exclusión implícitas, más allá de la más evidente derivada del capital. Tal vez la cuestión no sea solamente qué dificulta hoy el acceso a la tecnología como forma de estar y ser en el mundo, ni que dificulta el acceso a “determinada última tecnología”, sino más bien, “qué dificulta en el curso de cada tentativa usar la tecnología para repetir mundo o para transformarlo”. Quiero decir que la dialéctica en torno al “tener o no” tiene sentido si hablamos de la necesidad básica de cada humano de “estar en la red”, de disponer de recursos para habitar la sociedad conectada y acceder al conocimiento que es ya la manera de “estar en el mundo”. Pero que este primer acceso nada garantiza si tener un dispositivo conectado te convierte “en cada tentativa” en alguien domesticado, en lo que un sistema o un mercado espera de ti.

Y me llama la atención que esa precariedad tecnológica pueda reducirse a no poder tener “lo último”, derivando hacia una característica ansiedad de época que parece hacer sentir a muchas personas desubicadas por no contar con la última y más moderna versión que se ha vuelto de pronto y visiblemente necesaria. Qué satisfacción para quien manda descubrir que la obsolescencia programada surte un efecto tan rápido en muchas personas, que al poco de habituarnos a una tecnología, a un sistema operativo o un programa, las versiones que lo implementan y mejoran ya están accesibles, y entonces actuará el deseo. haciéndonos sentir excluidos si no las tenemos.

Hoy se posiciona una nueva modalidad del “no tener” propia de una época experta en crear nuevas necesidades, donde para muchas personas el dolor de no estar a la última promovido por el mercado, se convierte en motor consumista bajo la amenaza de vejez y desfase repentinos si no sucumbimos. Pocas veces estas voces se detienen a observar sus tiempos y vidas delante de las pantallas; pocas veces advierten que el mundo les ha convertido en ejemplares consumidores de cosas tecnológicas que otros fabrican y que fagocitan implacables sus tiempos.

A poco que miremos sus tiempos vitales veremos como son muchos los minutos y las horas dedicados a estar al día, “actualizar” es el estado. No puedo evitar recordar a algunos personajes de mi libro #Espacio, como *Regina Reina*:

Regina Reina De la Escalera ya lo había elegido, quería un móvil de caparazón verde esmeralda. No parecía tan difícil. Un móvil verde como el XV97 era exactamente lo que necesitaba para la imagen que tenía pensada en sus posibles entrevistas de trabajo Allí. Dicen además en su red social, que el XV97 es el móvil de los reyes de la tele y un test de “móvil ideal” le ha confirmado con un 90 % de seguridad que a su nombre le corresponde justamente éste, el móvil XV97 verde esmeralda. Regina quería este móvil para tener una vida acorde con su nombre y un trabajo acorde con su móvil, con su nombre y en conjunto con la imagen de una Regina Reina.

O *Apuntode*, dedicada a la precariedad del *prosumo* tecnológico y vital para seguir igual, con trabajos pero sin sueldo, confiando en el futuro:

Con el último mordisco de galleta en la boca, Apuntode desplaza la bandeja de flores del desayuno y coloca en su lugar el ordenador portátil y se dice: -Ya me pongo-. Apuntode

disfruta casi sexualmente con la entrada de nuevos mensajes en su buzón, sobre todo antes de descubrir que la mayoría no van dirigidos a ella, expresamente. Apenas dieciocho minutos de respuestas y feedback a los comentarios de su último post, antes de sus veinte minutos diarios revisando sus números rojos y buscando en la web nuevas empresas culturales a las que Apuntode envía su currículum. (...) pulsa send doce veces para garantizar una salida independiente a cada uno. Durante unos minutos (no más de tres) siente una molesta desazón temiendo haber confundido el archivo y enviado la versión con letra Verdana y no la versión Time de su currículum. (...) Resultado: tres mensajes devueltos, cuatro respuestas automáticas, doce spams obsesionados con (increase) un pene que no tiene y veintisiete comentarios de fotos que dicen ser suyas en Facebook... En un momento de debilidad en que el lunes de bata sucumbe hasta tocar fondo, Apuntode decide seguir los enlaces de las fotos-Facebook que dicen ser suyas. Ella sabe que no, aunque piensa que, tal vez..., a lo mejor..., alguna, sí; y termina dedicando más de media hora a observar cómo los amigos que no conoce, se hacen fotos en fiestas en las que ella no ha estado, se intercambian halagos y noticias en Twitter, y vomitan decenas de “me gusta” en imágenes donde ella no aparece. Apuntode decide abrirse un hueco en esa orgía afectiva, sumando arbitrariamente treinta, cuarenta, tal vez más “me gusta” a fotos ajenas de rostros cómicos o en pose tres cuartos. Espera que algunos de esos trescientos cuarenta amigos de su red social que nunca ha visto, tiren de la cuerda y le devuelvan algún mensaje cariñoso dirigido exclusivamente a ella.

Observando mundo, no tengo claro si la precariedad tecnológica derivada de la precariedad económica es la que más me interesa. Al fin y al cabo, habría aquí una precariedad no económica, sino crítica y estructural que inunda y coarta cada vez más nuestra vida. De hecho no tener la última tecnología puede ser una oportunidad de distanciamiento para pensar en las dinámicas que hoy atraviesan nuestra vida de dispositivos móviles y redes, para mirar el mundo con otras lentes, no sugeridas por el mercado, unas lentes propias y creativas. Y no me refiero al conformismo tranquilo de quien se resigna sin cambiar cada poco de móvil como si ser pobre o viejo fueran las respuestas; no, me refiero al ejercicio crítico que frena la tendencia a la actualización constante a la que incita el mercado y la industria digital para convertirla en foto fija y observarla, preguntándonos: *¿Dónde estoy yo en esta inercia?, ¿cómo puedo crear mundo, mejorarlo, con otra forma de entender la tecnología?*

Siempre me gustó aquella idea de Deleuze en la que resalta que la cosa no está en elegir entre uno u otro medio, una u otra tecnología, la cosa está en elegir entre fuerzas creativas y fuerzas de domesticación y aquí apuntaría la precariedad que más me inquieta, la precariedad de “tener” sin que ello suponga poder crear, “tener” domesticados, limitados al consumo y a la docilidad frente a un sistema.

Tener los últimos estándares informáticos, el último hardware, todos los programas actualizados, habla de “estar a la última”, pero no puede hacernos olvidar que es lo que queremos, que tipo de ciborg somos con esta maquinaria. Se me hace que tener una tableta nos hace más usuarios que productores, que tener las nuevas aplicaciones renovadas cada día nos convierte en parte de dichas aplicaciones que testamos mientras nos usan. Que tener los últimos programas, los últimos móviles, culminan las expectativas y la ansiedad que nos genera la sociedad de mercado, sin que a ello lo acompañe necesariamente un ejercicio de conciencia.

Pero la protagonista a la que llamamos *Última* tiene ojos y ve y desde su último lugar en la lista advierte que “tener” no te salva, que una tecnología sólo te salva si frenas su inercia y la haces pensativa. Y ve que no es justo, que la han engañado, que ya está bien de no “poder ser”, que ya está bien de no cobrar, que la precariedad del “tener” está previamente sujeta por una más inquietante y perversa, la precariedad derivada del control sobre “quienes aquí pueden crear mundo tecnológico”.